

A los 52 años, chufas.

A los 52 años, escucho el agua de los montes, el  
fuego de los campos y el ruido de las batallas.

Y sigo pidiendo la paz y, de momento, me la conceden  
en parte; y la palabra, y me mutilan la lengua.

A los 52 años, los caramelos son de más vivos colores  
y la bandera, más desteñida.

Y me dedico fundamentalmente a silbar, a deambular  
y a pensar que existo puesto que pienso que  
existo.

19-7-68

